

ble acogida. La alta opinion que se tenia ya de la eminente santidad del Obispo de Ginebra, hizo buscar y honrar en todas partes al que tenia el honor de ser su hermano y su enviado. Se leyó con interés la relacion del estado de la diócesis de Ginebra, y el Cardenal Pamplile, encargado de contestar á ella, no tuvo mas que alabanzas que tributar, felicitando al santo Obispo por todo el bien que habia hecho y seguia haciendo, y prometiéndole el apóyo de su crédito para con la Santa Sede. El canónigo Juan Francisco obtuvo todo lo que pidió, y cuando partió de Roma, varios Cardenales le entregaron cartas para el hombre de Dios, al que honraban con gran veneracion.

CAPITULO VI.

Francisco de Sales hace evangelizar el país de Gex.—Predica él mismo en diversos lugares.—Establece la academia Florimontana.—Reforma la abadia de la Abundancia.—Dice su opinion acerca de las disputas de los teólogos sobre la cuestion de la gracia.—Muerte de su hermana menor.

(Año 1607.)

En el cuadro consolador que Francisco de Sales habia hecho de su diócesis al Soberano Pontífice, el país de Gex proyectaba una sombra que entristecia, y á pesar de algunas concesiones arrancadas con trabajo á un poder que procuraba no disgustar á la herejía, estaba, bajo el punto de vista religioso, en un estado de sufrimiento estremo.

non possum non cogitare missum me ad gentem apostatricem, duram facie, indomabilem corde, ad domum exasperantem et ad scorpiones. Quare rogo te, illust. et rev. De., consurge mihi adversus malignantes, et sta mihi apud Sanctam Sedem adversus operantes iniquitatem. Sic enim fiet ut quemadmodum spiritum oris Christi ac gladium illum ancipitem ex annalibus tuis super aurum et topazion pretiosis tam facili successu hactenus vibrasti, sic etiam nunc qua polles auctoritatem exeras ad faciendam vindictam in nationibus schismaticorum et increpationes in populis hereticorum. Vale, illust. et rev. De., et me cultorem tuum addictissimum, tua benecolentia complecti ac fovete non desine, Christumque in omnibus habeto propitium. Annecii Allobrogum, die 28 nov. 1606.

Enrique IV, para consolar al santo Obispo, le autorizó para que enviara allí misioneros y le hiciese evangelizar, apresurándose el Baron de Luz, encargado de trasmitir el real decreto y cuidar de su ejecucion, á partiparselo á Francisco en una carta tan cristiana como llena de bondad y afecto. «No puedo tener contento igual, le escribe (1), »al que experimento en poder hacer alguna cosa que os »sea agradable, porque en el momento que os agrada, estoy »seguro de que es bien acogida por Dios. No me escaseéis »vuestras órdenes, y comunicándomelas me hareis mucha »caridad, puesto que no puedo hacer cosa que mas agrade »á la divina Majestad.»

El Obispo, al recibir esta carta, escogió religiosos edificantes y prudentes, y los envió á cultivar esta porcion de la viña del Señor cuya entrada se les abria. En cuanto á él quedó en Annecy, y se ocupó en predicar la Cuaresma de aquel año de 1607.

Conocia los males de su pueblo, sabia sus remedios, y nadie era mas á propósito que él para aplicarlos, tanto con la gracia de sus discursos, como con la santidad de su vida, que le abria por anticipado la puerta de todos los corazones. Para triunfar en esta santa cruzada del demonio, el mundo y las pasiones, todos los dias celebraba la Misa en la iglesia de Santo Domingo mientras que tocaban al sermon, y del altar subia al púlpito con los labios aún teñidos con la sangre de Jesucristo, predicando con una uncion y fuerza enteramente apostólica. Convirtió, entre otros, á una Señora protestante de mucho mérito, á la que hacia algunos años deseaba hacer entrar en la iglesia, considerándola capaz de hacer los mayores servicios á la religion. «Acabo de encontrar en vuestras sagradas »redes, escribió entonces, un pez que deseaba hace cuatro »años; he sentido en ello un consuelo grande, y le recomiendo á vuestras oraciones; es una señora toda de puro

(1) Manuscritos del proceso de la beatificacion.

»oro y muy á propósito para servir á su Salvador.» (1) A esta conquista se unió otra no menos notable. Un caballero joven, mas ocupado de sus pasiones que del cuidado de su salvacion, llevando su inmoralidad hasta el lugar sagrado, tuvo la osadía de permitirse públicamente, durante el sermón, algunas libertades de gestos y miradas con una joven. El santo Obispo lo descubrió desde el púlpito, y no pudiendo contener su celo exclamó, tan indignado como afligido: «Pero ¿qué veo? ¿Dónde estamos? En la »casa de Dios y mientras se predica su palabra se le »ofende. Conteneos, quien quiera que seais, y pedid perdon »á Dios, si no, os nombraré y reprenderé públicamente.» El joven, aterrado con esta reconvencion, se contuvo en efecto, y concluido el sermón hizo mas todavía, pues fue á pedir perdon al hombre de Dios, que acogió bondadosamente á este nuevo hijo pródigo.

Estos bellos resultados eran á costa de la vida del santo apóstol. Frecuentemente predicaba dos veces al dia, confesaba á todos los que se presentaban á su tribunal, y oficiaba en las grandes ceremonias. El Señor Deage, su antiguo ayo, que le amaba tiernamente, no podía sufrir que abreviara su vida prodigándola de esa suerte; y como habia conservado la libertad de decirle todo, se permitió hacerle la observacion de que su celo era indiscreto, y le hacia homicida de sí mismo. «¡Ah! Señor Deage, contestó »Francisco sonriendo, ¿no sería una gloria para vos si tu- »viéseis un discípulo mártir, que tuviera la dicha de mo- »rir consumiéndose por el servicio de Dios y la salvacion »de las almas? Pero me habeis cuidado demasiado hacién- »dome perezoso, para que pueda procuraros una gloria que »se ha hecho tan rara en este siglo (2).

Sin embargo el santo apóstol, ya por deferencia á sus consejos, ya por la imposibilidad de atender á todos, se hacia ayudar á veces de otros predicadores, y asistia con

(1) Carta CXVII.

(2) Año Santo de la Visitacion, 13 de abril.

grande atencion á sus discursos, para atraer á los fieles mostrándoles la estimacion que de aquellos él mismo hacía. A pesar de este hermoso ejemplo, se notaba una gran diferencia entre los dias que debia predicar el Obispo y los en que se hacia reemplazar en el púlpito, pues la multitud que acudia á sus sermones no asistia á los otros. Sucedió un dia que un hombre muy docto, pero poco hábil en el arte de dirigir la palabra, no pudiendo sufrir la humillacion de no tener sino un auditorio poco numeroso, prorumpió en invectivas contra los que no iban á oírle. «¿De qué sirve, exclamó, tomarse tanto trabajo para sembrar la semilla en un terreno tan ingrato y estéril?» Esta salida inconveniente estuvo muy lejos de tener la aprobacion del Obispo. «¿A quién aludia este predicador? dijo »por la noche á uno de sus confidentes. Nos ha repre- »dido por una falta que no hemos cometido porque está- »bamos presentes; no ha sido culpa nuestra que hubiera »tantos lugares vacíos. ¿Querria que para llenarlos nos »hubiéramos hecho pedazos? Si queria reprender á los cul- »pables, debia ir por las calles y plazas públicas, rogando »á los que estaban en ellas á que entraran; ha reprendido »á los inocentes, dejando en paz á los culpables.»

El público se disgustó aún mas porque, cansados de oír reprensiones que no merecia, el pequeño número de oyentes que asistia no volvió; y el predicador que los hubiera atraído alabando su celo, los perdió censurándolos inoportunamente (1). El Obispo volvió á subir al púlpito, que solo ocupaba al gusto de todos; y lo hizo con tan feliz resultado, que pudo escribir á la Señora de Chantal: «Ver- »daderamente la Cuaresma es la cosecha de las almas; yo »la he recogido aquí con lágrimas, en parte de alegría y »en parte de amor (2). Predico á mi pueblo sobre los »mandamientos divinos, cuya esplicacion han deseado les »dé, y soy maravillosamente escuchado. Así es, que hablo

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. III, sec. XVIII.

(2) Carta CXVII.

«con todo mi corazón, á quienes Dios, por su infinita bondad, ha dado mucho amor á las máximas del cristianismo.»

A estos grandes trabajos, el Obispo de Ginebra añadió una obra que meditaba hacia largo tiempo, y era la creación de una academia destinada á la cultura de las bellas letras, de la filosofía, de la teología y la jurisprudencia, de las matemáticas y de las ciencias naturales, pues su alma y su corazón sufrían viendo á la juventud, al salir de las escuelas, abandonada á sí misma, tanto con relación á la ciencia como á la salvación, y conocía cuán ventajoso sería atraer los hombres á la virtud con el incentivo de la ciencia, y dar ocupación á cierta clase de espíritus para impedir que se perdiesen en la ociosidad. Conocía sobre todo cuánto importaba dar á los estudios una sabia dirección, sin la cual, más perjudiciales que útiles, precipitan á las almas en el error y del error en el desorden, mientras que, sabiamente dirigidos hacia la verdad, hacia lo bello y hacia lo bueno, dan á las facultades del hombre un precioso desarrollo que aprovecha á los particulares, las familias y las sociedades, inspira cortesía en las costumbres, amor al orden, gustos tranquilos; en fin, ese espíritu de juicio y de reflexión, no menos favorable á la virtud que á la felicidad pública y privada. Por otro lado, al mismo tiempo que veía en la religión la amiga sincera de la ciencia, y en la ciencia la auxiliar poderosa de la religión, consideraba los ejercicios públicos del espíritu alentados con la recíproca emulación, como una condición esencial de los progresos literarios.

Ocupado con estos pensamientos consultó al presidente Frave, su amigo, uno de esos nobles caracteres que se complacen en hermanar el estudio de las bellas letras con la práctica de la virtud y las austeras funciones de la magistratura. De acuerdo con esta alma eminente resolvió constituir un cuerpo sabio, en el que la fe fuera la base y el alimento de los estudios, y estos el alimento de la fe y las costumbres; donde, en fin, los trabajos literarios y

científicos, y las luces de todos puestas al servicio común, enseñaran á todos á pensar, hablar y vivir bien. Dió á la nueva academia un nombre y un emblema llenos de gracia: la llamó la academia *Florimontana*, como para designar que estaba destinada á recoger las más hermosas flores de la literatura y la ciencia que produjeran las montañas de Saboya, señalándola por símbolo un naranjo en flor con esta divisa: *Flores fructusque perennes*. Luego, como ninguna institución puede subsistir sin reglas, redactó sus constituciones (1). En ellas estableció en primer lugar el doble objeto de la academia, que era la mayor gloria de Dios por la práctica de las virtudes, y el bien público por el servicio del Príncipe; por lo cual estableció que no se admitirían en ella sino hombres conocidos como buenos católicos, recomendables por su inteligencia en alguna de las ciencias de que tratara la academia, y distinguidos por alguna obra impresa ó manuscrita, por alguna máquina inventada por ellos, ó por algun descubrimiento particular. Estableció luego que el candidato sería propuesto á la sociedad por un académico, que se deliberaría sobre su admisión, y que si era admitido por pluralidad de votos, debería, el día de su recepción, dar delante de toda la academia pruebas de su saber en un discurso, en prosa ó en verso, á su elección; que los artistas notables en las artes liberales, como la pintura, la escultura y la arquitectura, podrían asistir á las juntas generales á título de asociados, pero que ninguna persona estraña podría tomar en ellas la palabra, sino en el caso de ser autorizada para ello después de madura deliberación; que los profesores de la academia harían saber por medio de un cartel ó aviso, la materia, el lugar y el tiempo de sus lecciones; que serían no solo puntuales en dar, sino aun celosos para enseñar lo mejor posible, diciendo muchas cosas en pocas palabras, con un estilo grave, cortés, llano y sin afectación; que tratarían en sus

(1) Carlos Aug., p. 367 y sig.

lecciones la perfeccion en las lenguas, sobre todo en la francesa; la aritmética, la geometría, la cosmografía, la filosofía, la retórica, la teología y la jurisprudencia, teniendo cuidado de apurar una cuestion antes de pasar á otra, de completar en la siguiente leccion lo que se hubiera dejado sin concluir en la clase precedente, y de explicar á los oyentes, despues de cada leccion, lo que no hubieran comprendido bien; que todos los miembros de la academia se amarian como hermanos, rivalizando con una noble emulacion en distinguirse sobre los demás, pero observando en todo una conducta grave, edificante, no lijera ni superficial; y que, desinteresados y generosos, se prestarian gustosos á los gastos necesarios para el bien de la institucion; que se elegiria entre ellos un presidente, dos asesores, varios censores encargados de amonestar á los que se apartaran de la senda del deber, un secretario para estender las actas de todas las reuniones, un tesorero que tendria á su cargo los libros, muebles, instrumentos, máquinas y demás objetos pertenecientes á la academia, y por último, que habria un uquier con sueldo para que preparase la sala, arreglase las sillas, y acompañara á la entrada y á la salida al presidente y á los asesores.

Dispuestas estas reglas, Francisco se ocupó en organizar el personal de la academia. Todos los mas brillantes talentos que habia en Annecy y en los alrededores ambicionaron el honor de formar parte de ella, y escogió de entre ellos los sujetos mas recomendables; rogó al Duque de Nemours, Enrique de Saboya, aceptara el título de protector y presidente, á lo que accedió el Príncipe con la condicion de tener por asesores al Obispo de Ginebra y al presidente Favre, el primero encargado de la filosofía y teología, el segundo de la jurisprudencia, y ambos de las bellas letras y las ciencias. Nombró luego los demás designatarios; y despues de haberlo organizado todo, inauguró la academia con un elocuentísimo discurso. Al punto se abrieron los cursos, atrayendo á Annecy gran número de oyentes de las diferentes partes de Saboya, y ha-

ciendo de esta ciudad un centro de luz, y como el punto de reunion de los grandes talentos, deseosos de instruirse ó de mostrar su ciencia.

Esta bella obra, si se puede decir así, no tuvo infancia, pues casi en su nacimiento fué grande y magnífica, de tal suerte que, desde el primer año, se enseñaron en ella las matemáticas con los elementos de Euclides, la esfera con la cosmografía, es decir la geografía, la hidrografía, la corografía y la topografía, y por último la navegacion, la teoría de los planetas y la música teórica; pudiendo esta academia, modelo de talentos y de virtudes, desde entonces ser presentada como modelo á instituciones análogas.

Apenas hubo dado Francisco la última mano á la academia de Annecy, y terminados sus sermones de la Cuaresma, cuando partió para ir á Thonon á celebrar un jubileo de dos meses, que el Padre Querubin, en un viaje hecho á Roma, habia obtenido de la Santa Sede en favor de esta ciudad, tan amante de la religion católica (1). Alegre con volver á ver este pueblo, al que habia engendrado para Jesucristo con el Evangelio, trabajó en reanimar el fervor de los que se habian entibiado, en levantar á los que habian caído, y en hacer mejores á los que se habian conservado en la práctica de las virtudes; y allí, como en todas partes, su vida fue una vida de apóstol. Habiendo caido en el olvido por efecto de las desdichas que habian pesado sobre la ciudad una cofradía del Santísimo Sacramento y de la Santísima Virgen, que existió en otro tiempo, la restableció y se inscribió el primero á la cabeza del catálogo de sus hermanos, y despertando el celo de los fieles con sus palabras y su ejemplo, bien pronto la cofradía fué numerosa. Para animarla en el fervor, llevó á los nuevos cofrades en peregrinacion á visitar las reliquias de San Claudio, entonces singularmente venerado por la

(1) Cartas CXV y CXIX.

fe de los pueblos. Era un hermoso espectáculo ver esta procesion de mas de cuatrocientas personas, marchando á pie en muy buen orden, con la cruz á la cabeza, cantando salmos y cánticos, y atravesando, á la ida y á la vuelta, el país de Vaud, todo poblado de herejes, el territorio de la república de Ginebra y Berna, sin que nadie se atreviese á inquietarlos en sus piadosos ejercicios. De distancia en distancia se detenian, para no fatigarse con una marcha demasiado prolongada; y Francisco aprovechaba estos instantes de reposo para dirigir á sus amados hijos exhortaciones llenas de uncion y de piedad, de suerte que todos los momentos del viaje se encontraron santificados, y los cofrades volvieron á sus hogares llenos del espíritu de Dios que les habia inspirado su santo conductor (1).

Habia entonces en Abondance, pequeña ciudad de la diócesis de Ginebra, una antigua abadía donde no quedaban mas que seis religiosos ancianos, decaidos de la vida regular de los claustros, é incapaces por su edad, de ser restituidos á ella. El abad de esta casa, animado de los mejores sentimientos, deseaba incesantemente hacer florecer en ella de nuevo la santidad de los primeros tiempos, y cerrar así la boca á los herejes, que hacian recaer sobre la religion entera la falta de sus individuos.

Para conseguirlo no veia otro medio que separar de la abadía á los seis ancianos, y reemplazarlos con fervorosos religiosos que se tomaran de otros monasterios. Ya el abad general de los Fuldenses habia consentido en enviar una colonia de los suyos; requiriéndose tan solo para la terminacion definitiva de este negocio la aprobacion de la Santa Sede. Francisco de Sales por cuyos consejos se dirigia en todo el abad de Abondance, habia solicitado esta aprobacion desde el mes de octubre de 1607, en una carta al Papa Clemente VIII (2), y habia reiterado sus instancias al enviarle la relacion que le presentó del estado

(1) Carlos Aug., p. 372.

(2) Carta LXIX.

de su diócesis. Por fin, habiéndole traido su hermano el canónigo Juan Francisco el breve de Paulo V, que aceptaba y sancionaba con su autoridad la medida propuesta, Francisco delegó desde Thonon á su vicario general para instalar á los Fuldenses en la abadía (1), dejó en su puesto al religioso que tenia el cargo de la parroquia, colocó á los otros cinco en diferentes monasterios con una pension vitalicia de cuarenta escudos de oro (2) con cargo á las rentas de la abadía, y concedió con carácter de perpetuidad esta casa, con todos sus derechos, á los nuevos religiosos; obra de una gran sabiduría, que tuvo la doble ventaja de edificar al país con las virtudes de los nuevos habitantes de la abadía, y de hacer conocer á los demás religiosos de la diócesis, que debian volver á la vida regular, ó de lo contrario se esponian á ser espulsados de sus monasterios, y dispersados por diferentes puntos.

Acababa el santo Obispo de terminar este grave negocio, cuando un incidente imprevisto le llamó de Thonon á su ciudad episcopal. Ana de Est, Duquesa de Nemours, habia muerto en París, y habiendo pedido antes de espirar ser enterrada en la iglesia de Nuestra Señora de Annecy, el Duque de Nemours escribió al Obispo de Ginebra para hacerle saber las intenciones de la Princesa, y rogarle tributara á los amados restos de tan digna esposa, los honores debidos á su clase. Francisco, al recibir este despacho, partió inmediatamente para Annecy, á fin de dar allí las disposiciones convenientes y esperar la llegada del cuerpo de la ilustre difunta. Salió á recibir el fúnebre convoy á cuatro kilómetros de la ciudad, acompañado de todo el clero secular y regular, de las cortes soberanas, y de la nobleza del Ginebresado y del Faucigny. No pudieron entrar en Annecy hasta la caida de la tarde; y como la hora avanzada obligara á demorar los funerales hasta el dia siguiente, hizo depositar el cuerpo por la noche en la igle-

(1) Carlos Aug., p. 371.

(2) Es decir, ciento cuarenta y siete francos veinte céntimos.